

tendrán el mando de todos los cuartos de los regimientos.» Era costumbre que, cuando un comandante en jefe del ejército no pudiese mandar «por muerte, enfermedad u otra causa,» los oficiales generales de la misma dignidad ejerciesen el mando por turno, lo que daba lugar á disputas y discordias; pero en virtud de una ordenanza de 1675, si se presenta ese caso, el oficial «que resulte ser el más antiguo... mandará á los que lo sean menos que él con igual autoridad que si tuviese poder ó comisión de S. M. para mandar en jefe.» La misma regla se aplica «á los cargos inferiores,» de manera que un cuerpo ó mando de tropas que S. M. haya confiado á una sola persona no pueda nunca, sin orden suya, ir á parar á manos de varios.»

Louvois quiso imponer una disciplina exacta á todo el mundo: es preciso, decía en 1669, «hacer entender á todos los oficiales que mandan los cuerpos, que la intención del rey es que restablezcan la obediencia sin réplica entre los oficiales que les son subalternos y que, para ello, el primero que desobedezca sea degradado.» Había oficiales que preferían dimitir á obedecer, y á propósito de uno de ellos escribió Louvois: «Creo que Montil es demasiado prudente para pedirme el retiro, porque este será el camino para ir á la Bastilla, en donde el rey suele encerrar á los que tales proposiciones hacen.» En 1672, los mariscales de Bellefonds, de Crequi y de Humieres se negaron á ponerse á las órdenes de Turena; Louvois rogó á Crequi que reflexionase, diciéndole: «Temblaré hasta que sepa que habéis adoptado el buen partido que obedecer á un señor que dice que quiere ser obedecido.» Habiendo insistido los tres mariscales, fueron privados del mando y desterrados luego á una provincia, y para recobrar el favor, hubieron de agregarse al ejército de Turena y servir á sus órdenes quince días como tenientes generales. En 1674 subsistía aún el mando por turno, puesto que Luxemburgo se negaba á turnar con el caballero de Fourilles: «No hay manera, declara Louvois, de convencer á Su Majestad de que el señor de Luxemburgo no turne con el señor de Fourilles, y si se resiste á ello, es menester que se resuelva á una desgracia, que será tanto más dura cuanto que no tiene pretexto alguno para tal resistencia.»

A los oficiales brillantes, á los oficiales de corte, invitóseles á que cumplieran todo su deber. El conde de Auvernia, á quien desagradaba la escolta de los bagajes, que cierto día le encargaron, quejándose continuamente de su jefe, y habiendo ofrecido, á modo de amenaza, su dimisión, quedó muy sorprendido al ver que ésta le era aceptada. Ciertamente que Louvois no logró establecer una disciplina absoluta, según lo prueba el siguiente diálogo entre él y el señor de Nogaret, diálogo sostenido en 1689 y que ha relatado la señora de Sevigné:—«Señor, vuestra compañía está en malísimo estado.—Señor, no lo sabía.—Es menester saberlo; ¿la habéis visto?—No, señor.—Sería necesario que la hubierais visto.—Señor, pondré orden en ella.—Sería preciso haberlo puesto ya. Hay que tomar una resolución, caballero, ó declararse cortesano ó cumplir su deber cuando se es oficial.» Pero es indudable que los casos de insubordinación ó de negligencia fueron muy raros, y la disciplina de los ejércitos franceses admiró á los extranjeros: el veneciano Giustiniani elogió al rey por

«haberse ocupado mucho de la cohesión de sus ejércitos y de su buena disciplina,» y la misma alabanza encontramos en Spanheim.

El rey quiso conservar para la nobleza el privilegio que tenía de suministrar oficiales al ejército; sin embargo, á ese honor eran también admitidos jóvenes de familias «que vivían noblemente.» Hasta 1682, un joven que quisiera hacerse oficial se alistaba, si era de noble cuna, en la compañía de los guardias de corps, y si no, en un regimiento; allí hacía el ejercicio como los demás soldados, sin recibir una instrucción especial, y, al cabo de dos años, el «cadete» compraba, según sus recursos, una compañía ó un regimiento, con lo que se corría el riesgo de que la tropa estuviese mal mandada. Luis XIV, en sus primeros años, considerando que «toda la infantería francesa no ha sido muy buena hasta el presente,» imaginó el siguiente medio para mejorarla: «Hice que una parte de los cargos de coroneles fuesen á parar á manos de los jóvenes de mi corte á quienes el deseo de complacerme y la emulación que unos por otros sentían podían hacer, en mi concepto, más aplicados.» Pero esto no era más que un expediente, y Louvois acometió la empresa de organizar la educación de los oficiales.

En 1682 reunió á los cadetes en compañías especiales, primero dos y luego nueve, que fueron distribuidas en las plazas fuertes del Norte y del Este; dos años después, el número de cadetes era de cuatro mil doscientos setenta y cinco, entre los cuales había niños de catorce años y hombres de treinta y cuarenta, y muchos que no sabían leer ni escribir. Los cadetes, que hacían el ejercicio como los soldados, habían de asistir diariamente á dos lecciones de matemáticas, de dos horas y media cada una; pero no tomaron la cosa con gran empeño, pues preferían á la cátedra la comedia y la taberna, y en 1685 se comunica á Louvois que «en la sección de la compañía de hidalgos de Charlemont que ha sido enviada á Longwy, no hay más que cuatro que hayan aprendido las matemáticas y ninguno que sepa una regla de aritmética.» Aquellas escuelas, que tan pocos resultados dieran, fueron suprimidas en 1692.

A pesar de los defectos y de los vicios que Louvois le reprochaba con dureza, el cuerpo de los oficiales franceses valía más que el de los ejércitos extranjeros. Componíase en su mayoría de nobles, amantes de la profesión por tradición de familia, por vocación natural y también por necesidad, pues la carrera de las armas era la única en que pudieran esperar hacer fortuna, que aprendían con la práctica cuanto necesitaban saber, lo cual, después de todo, era muy poca cosa, y cifraban su honor en servir al rey con peligro de su vida, habiendo muerto muchísimos de ellos en las batallas, en las trincheras y en los asaltos. Y el rey tenía la seguridad de encontrar á los muertos cuantos substitutos hiciesen falta y aún más.

Le Tellier y Louvois intentaron dar al rey un ejército bien pagado, bien vestido, bien equipado, cuya subsistencia estuviese asegurada por medios regulares y que cuidara á sus heridos, enfermos é inválidos.

Un reglamento publicado en febrero de 1670 fijó las pagas disponiendo que: el soldado de infantería percibiese cinco reales diarios, el dragón once y el soldado

de caballería quince, que les serían satisfechos cada diez días; además señalaba las retenciones que habían de hacer los capitanes para la manutención de los soldados, dictando penas contra los que retuviesen más. Un capitán de infantería cobraba setenta y cinco libras en tiempo de paz y ciento doce en tiempo de guerra. No hay que creer, sin embargo, que todos los oficiales pagasen con regularidad á sus hombres ni que el rey pagase siempre con regularidad á los oficiales.

En la mayor parte de las compañías, los soldados llevaban los vestidos destrozados; en otras, los oficiales creían «dar gusto á Su Majestad haciendo poner en los trajes de sus sargentos y de sus soldados, galón de oro y plata, fino ó falso.» Poco á poco, empero, introdujose la costumbre de vestir á los distintos cuerpos «de una misma manera,» y el uniforme, introducido al principio en los cuerpos extranjeros, fué obligatorio á partir de 1670, reservándose el color azul á la Casa del Rey, el encarnado á las tropas suizas y el gris á las demás.

En los primeros años del reinado, la infantería usaba aún el mosquete y la pica. El mosquete era un arma precisa, no más pesada que el fusil actual, pero lenta; el soldado introducía la carga de pólvora y la bala por la boca del cañón, encendía la mecha con eslabón y pedernal y la ajustaba á un mecanismo de muelle; después apuntaba el arma, apoyándola en una horquilla, y hacía funcionar el mecanismo que ponía la mecha sobre el cebo, operaciones esas que exigían mucho tiempo. La pica, de catorce pies de largo y muy pesada, era un arma contra la caballería. En 1661 una compañía constaba de dos terceras partes de mosqueteros y de una tercera parte de piqueros; de modo que la infantería se hallaba dividida en dos armas diferentes, y mientras el mosquetero disparaba, al comenzar una acción, el piquero permanecía inactivo, hasta que una carga de caballería hacía imposible el uso del mosquete.

Hacia mucho tiempo que los armeros alemanes habían construido una nueva especie de mosquete, en la que una pieza de acero templado chocaba con un pedazo de sílice, cuyas chispas prendían fuego en la pólvora; esta arma perfeccionada era de tiro más rápido que la antigua, pero fallaba con frecuencia; razón por la cual el uso de ese «fusil» no había sido aprobado en los ejércitos franceses. Cuando comenzó á ser introducido en él, Louvois, siempre prudente y tardo en todo lo que era innovación, quiso prohibirlo, y en 1666 escribía: «La intención de Su Majestad es abolir enteramente los fusiles;» pero como la nueva arma era del agrado de los soldados y de los oficiales, Louvois toleró, en 1670, que hubiera cuatro fusileros por compañía, y al año siguiente formóse un regimiento de fusileros para ser empleado como apoyo de la artillería. En 1674 dotóse del fusil á los cuerpos escogidos; esto no obstante, el mosquete no desaparecerá de los ejércitos hasta 1703. Cuando Vaubán inventó en 1687 el cubo que permitió adaptar al fusil la bayoneta, sin dificultar el tiro, el soldado tuvo en sus manos un arma á la vez de tiro y de esgrima, con lo cual aumentó en un doble la fuerza de la infantería.

La infantería, desde hacía mucho tiempo, arrojaba granadas, pero el uso de ese proyectil no estaba regla-

mentado; en 1667 designóse en cada compañía del regimiento del Rey á cuatro soldados como granaderos, que luego fueron reunidos en una compañía especial del propio regimiento, y más adelante cada regimiento tuvo su compañía de granaderos. En la caballería había dos regimientos de mosqueteros armados como la infantería, destinados á la escolta de los convoyes y al servicio de exploración y que servían tan pronto á pie como á caballo. Esos mosqueteros fueron más tarde los dragones, el mando de cuyos regimientos se confió al coronel general Lauzun, formándose con esas tropas de infantería montada catorce regimientos. En 1679 las tropas de caballería cambiaron la espada por el sable; al año siguiente, dotóse de carabinas á dos jinetes por compañía, después cada regimiento tuvo su compañía de carabineros, y por último se formaron regimientos de éstos. De este modo aumentóse, poco á poco y previa experiencia, el poder del ejército; pero la gran novedad fué la organización de la artillería y del arma de ingenieros.

La artillería y los ingenieros llegaron á ser armas importantes durante aquel reinado, en el que los sitios fueron las operaciones principales de las guerras. Antes de 1669 la artillería no dependía del secretario de Estado, sino que tenía su gran maestre, quien vendía cargos á oficiales que formaban el cuerpo de artillería: teniente general, comisario general, tenientes de artillería, comisarios ordinarios y extraordinarios, oficiales apuntadores, maestros cañoneros, capitanes de bagajes, conductores, herreros y carpinteros. Soldados artilleros no los había. Los oficiales, al llegar al cuerpo de ejército, tomaban á destajo la construcción de las baterías, cuyos cañones ellos suministraban, cobrando cien escudos por cada pieza puesta en batería ordinaria y cuatrocientos por cada pieza de batería en brecha. El rey pagaba veinte libras diarias para el servicio de cada pieza y los contratistas habían de dar veinte sueldos por día y veinte sueldos por noche á los servidores á quienes ajustaban, quedándose con el resto. Louvois no suprimió el cargo de gran maestre, pero cuando el duque de Mazarino lo dimitió supo arreglarse con el conde del Lude, que entró á desempeñarlo, y creó tropas de artillería. Después del sitio de Aire, en 1677, en el que las bombas habían producido gran efecto, organizó dos compañías de bombarderos, á las que se añadieron luego diez, formando todas juntas un regimiento cuyo coronel fué el gran maestre en 1689. Antes de la guerra de Holanda habíase organizado una compañía de cañoneros; en 1679 se organizaron seis más y diez años después otras seis. Compañías de fusileros seguían y defendían los cañones.

Anteriormente á Louvois tampoco había cuerpo de ingenieros, y la administración de la fortificación estaba repartida entre los departamentos de los secretarios de Estado. Una parte de las fronteras dependía de Colbert y otra de Louvois, cada uno de los cuales tenía su método especial: Louvois escogía sus ingenieros en la infantería y Colbert entre sus sabios y arquitectos que nunca habían formado parte del ejército; el director en el departamento de Louvois, era Vaubán, y en el de Colbert el caballero de Clerville, y no hay que decir que cada ministro detestaba á los subalternos del otro.

Poco á poco, sin embargo, el servicio se unificó; las provincias conquistadas, la Flandes y el Franco-Condado, fueron cedidas á Louvois, quien, por virtud de una permuta hecha durante la guerra de Holanda, agregó á su departamento la Lorena y la Alsacia. Clerville cedió su puesto á Vaubán que fué nombrado, en 1677, comisario general de las fortificaciones, y Colbert, «reconociéndole como el más hábil y más entendido ingeniero que jamás haya habido en Francia,» le aseguró la obediencia de los intendentes y de los ingenieros. Hablando de un ingeniero que había retocado un plan de Vaubán, escribió Colbert: «Como algún día llegue á mover una paletada de tierra que no esté conforme con la memoria del dicho Vaubán, quedará destituido al cuarto de hora de tener yo conocimiento de ello.»

Los ingenieros, considerados hasta entonces como extraños por los oficiales y por éstos despreciados precisamente á causa de su ciencia, formaron, á partir de 1676, un cuerpo tal como lo había deseado Vaubán, siendo unos ordinarios y permanentes y los otros extraordinarios, empleados sólo en tiempo de guerra. Vaubán hubiera querido mandar tropas especiales de ingenieros, pero aunque en 1673 se creó una compañía de «minadores,» no pudo obtener aquel «regimiento de la trinchera» cuyos soldados, bien instruidos, habrían sido al mismo tiempo cañoneros, granaderos y terraplenadores.

Vaubán hizo una revolución en el arte de atacar y defender las plazas: para el ataque empleó las trincheras paralelas que conducen á la plaza en zizás, librándose del fuego del enemigo, protegiéndolas con pequeños atrincheramientos, á los que daba el nombre de «caballeros de trinchera;» utilizó el mortero para lanzar bombas, y á fin de dar en un punto invisible de la fortificación, dirigió el tiro á un punto visible calculando el ángulo del rebote. Un sitio dirigido por él era una hermosa operación regular: «Antiguamente, escribía el conde de Aligni, las trincheras eran carnicerías...; pero ahora Vaubán las construye de modo que está uno en ellas como en su casa.» Sabíase cuánto tiempo duraría el trazado de las paralelas; se sabía de antemano el día del asalto y el de la capitulación, para presenciar la cual invitábase á veces á las damas; comenzaba y terminaba el asedio al son de los violines, y era dicho corriente el de «plaza sitiada por Vaubán, plaza tomada.» Para la defensa, Vaubán enterró las fortificaciones, que ya no fueron más que una línea de fosos profundos revestidos de obra de albañilería; cruzó el fuego de los baluartes de manera que pudiese coger siempre el asaltante, fuese cual fuere el punto de la muralla asaltado; «camino cubiertos permitieron á la guarnición circular á lo largo de las defensas y dirigirse adonde conviniese; se construyeron obras avanzadas para que en ellas tropezara el enemigo, y del mismo modo que para el ataque, declábase en punto á defensa que «plaza defendida por Vaubán, plaza inexpugnable.» Aquel vigoroso dibujo que surcó la tierra con sus grandes líneas geométricas, fué una cosa realmente bella que agradaba á Luis XIV, quien era muy aficionado á la fortificación é inspeccionaba á menudo sus plazas con gusto, cuidado y cabal competencia. En enero de 1679, Seignelai anunciaba á los intendentes de Picardía, Flandes y Champaña la próxima visita del monarca y les reco-

mendaba «que pusieran las plazas en condiciones de agrandar á Su Majestad por su limpieza y por la manera como son cuidadas.» «Esa limpieza, añadía, será lo que más examinará Su Majestad... Todas las obras han de estar conservadas con una limpieza tan grande como el de los jardines en los cuales Su Majestad acostumbra pasearse.» Luis XIV quedaba encantado cuando la fortificación presentaba un bello aspecto: «El extremo del arrabal de Peronne, escribía á Colbert, es una de las cosas más hermosas que verse puedan y sorprende por el aire de magnificencia que tiene.»

El plan de la fortificación fué sencillo y grandioso. Francia estaba abierta al enemigo por las vías del Oise, del Marne y del Alto Sena, y era, por consiguiente, preciso cerrar esos pasos con algunas grandes plazas que estableciesen una comunicación entre otras plazas secundarias, y construir detrás de ellas una segunda línea de defensa. Dunkerque, Lila, Metz, Estrasburgo, Besanzón, y entre ellas ó detrás de ellas Valenciennes, Maubeuge, Mezieres, Luxemburgo, Sarrelouis, Phalsburgo, Brisach, Huningue y Belfort cubrieron el Norte y el Este; Brianzón y el Monte Delfín defendieron los pasos de los Alpes, y Montlouis y Perpignán los de los Pirineos. La cadena de las plazas de Vaubán cerró la Francia y al final del reinado contendrá la invasión.

La obra maestra de la administración de Le Tellier y de Louvois parece haber sido la creación del servicio de subsistencias. Para aprovisionar á las guarniciones estipuláronse contratos con los proveedores; en los puntos de etapa había almacenes que proveían á las tropas en marcha, y en las fronteras se establecieron almacenes generales. El servicio funcionó por primera vez en gran escala durante la guerra de Holanda, y en 1672 el ejército encontró sus víveres escalonados hasta el electorado de Colonia. Louvois vigilaba el conjunto de las operaciones de aprovisionamiento, trasladábase adonde era preciso y realizaba prontamente su cometido. En 1676 daba cuenta al rey de los preparativos para el sitio de Aire:

«Llegué á Condé el 15, poco antes de mediodía... Después de comer expedí todas las órdenes de Vuestra Majestad necesarias para que los gastadores y los carros, encargados en todas partes, lleguen á la vista de Aire el mismo día que se dirija allí la infantería; y luego de haber convenido con el señor mariscal de Humieres el camino que seguirán las tropas y adoptado las medidas indispensables para el pan y la harina, todo ha quedado dispuesto de modo que el mismo día en que las tropas se dirigirán á la plaza, llegarán á ella cuatro mil sacos de harina, con los que el ejército puede vivir veinticuatro días.»

El rey sabía que la «alta de víveres» es uno de los «desastres que pueden causar la ruina de un ejército» y tenía la noción de un deber para con el soldado:

«Así como el soldado debe obediencia y sumisión á quien lo manda, así también el comandante debe á sus tropas el cuidado de su subsistencia; y hasta es una especie de inhumanidad exponer á gentes honradas á un peligro contra el cual no puede protegerles su valor y en el que no puede consolarles de la muerte la esperanza de ninguna gloria.»

De aquí que apreciara la actividad de su «gran abas-

tecedor,» como se llamaba á Louvois, á quien dijo en cierta ocasión: «Estoy tranquilo respecto de la subsistencia de mis tropas cuando estáis con ellas.» El servicio de víveres entró por mucho en la gloria de Luis XIV, pues permitió acometer grandes sitios, efectuar las concentraciones por grandes masas y llevar á cabo las campañas de invierno como las de Condé en el Franco-Condado y de Turena en Alsacia. Por regla general, Luis XIV tuvo dispuestas sus tropas antes de que lo estuvieran las del enemigo.

El caballero Temple dice en sus Memorias:

«Los franceses, á fuerza de dinero y gracias al buen orden que hacían observar, tenían siempre sus almacenes preparados en invierno, de suerte que podían entrar en campaña en la primavera, tan pronto como quisiesen, sin temor al rigor del tiempo para su infantería y sin verse obligados á esperar la hierba para su caballería. Los españoles, por el contrario, por falta de dinero y de buen orden, dejaban á sus tropas en Flandes en un estado tan lamentable que eran incapaces de acometer una empresa repentina y no podían suministrar provisiones á los alemanes y holandeses que pudieran acudir en su auxilio.»

Louvois no consiguió crear un servicio regular de sanidad, así es que las enfermedades diezaban el ejército. En 1667, el ministro, en una visita de inspección á la guarnición de Lila, ve que «se aniquila...; pues hay en ella más de cuatrocientos enfermos en un regimiento de mil hombres, lo cual es debido á que esos enfermos no han tenido asistencia y por consiguiente ni uno se cura, y á que los soldados, reducidos á tener que beber agua mala y á comer pan, enferman con frecuencia.» En el mismo año, un intendente le escribe desde Charlevoix:

«El soldado está alojado de una manera que da lástima. Se instalan diez y seis soldados con cuatro camas en una pequeña barraca de paja, en la que no hay posibilidad de calentarse sin gran peligro de incendio, y como el piso del alojamiento está siempre lleno de barro y el fuego ha de ser moderado, el soldado vive siempre en la humedad. Las compañías que ahora hay en ellas han permanecido allí veinte días sin haber tenido un enfermo, y de poco tiempo á esta parte han tenido más de cien. A propósito de esto, debo advertiros que en la plaza no hay ni cura ni cirujano.»

Louvois probó de instalar en las plazas y en los ejércitos hospitales fijos ó ambulancias; pero los concesionarios á quienes cedió la empresa no hicieron nada bueno. En 1689, una memoria del mariscal de Lorge sobre los hospitales de Mont-Real y de Sarrelouis entera á Louvois de que los enfermos «yacen sobre paja, tres en una misma cama; de que los cirujanos son unos ignorantes, muy perezosos en cuidar á los enfermos y que, á la menor dolencia, cortan brazos y piernas sin necesidad. De aquí que, generalmente hablando, mueren todos los enfermos y heridos.» En Estrasburgo los soldados «se mueren y se morirán si no se les cuida de otro modo, pues la mayor parte de ellos están enfermos de flujos de sangre, que se corromperán, estando, como están, tres en una cama.»

La única institución benéfica para el ejército que prosperó en tiempo de Luis XIV fué el palacio de los Inválidos. Hasta entonces, los soldados inutilizados cons-

titufan una carga para los monasterios, en donde habían de vivir como «religiosos laicos;» pero muchos de ellos, cansados de aquel régimen, huían para hacer vida de bandoleros, y á otros el monasterio les daba una cantidad para que se fueran. Enrique IV y Luis XIII habían comenzado á reunir á los inválidos en casas de refugio, y Louvois, por decreto de diciembre de 1668, mandó hacer el censo de las abadías y de los prioratos del reino y, cuando lo tuvo hecho, ordenó que todos los establecimientos que tuviesen más de mil libras de rentas contribuirían con ciento cincuenta libras anuales



El mariscal Vaubán. — Copia de un grabado de Bertonnier, sacado del cuadro original de Rigaud

cada uno al sostenimiento de una casa en donde, «para poner término á todos los abusos, serían mantenidos los soldados heridos é inutilizados en la guerra ó envejecidos en el servicio.» Además se dispuso que sobre los pagos extraordinarios de las guerras se retendrían dos dineros por libra en provecho de los inválidos. En 1670, los inutilizados tuvieron en París un primer refugio en la calle del Cherche-Midi; cuatro años después fueron instalados en el palacio, de seria y noble arquitectura, construido por Bruant en el llano de Grenelle. Para subvenir á la miseria de los oficiales viejos ó heridos, Louvois refundió en una sola las órdenes militares, caídas en desuso, de San Lázaro y de Nuestra Señora del Carmelo y les reconstituyó un patrimonio que distribuyó entre aquéllos en forma de encomiendas y de prioratos.

Toda esa gran obra militar fué dirigida por una administración bien organizada, con jefes de servicio al frente de negociados especiales, de subsistencias, de municiones, etc., y esa administración se difundía por todo el reino. Ampliáronse las atribuciones de los intendentes de ejército; los comisarios de guerra, cuyo número se aumentó, inspeccionaban los víveres, los arsenales, las fundiciones, los transportes, las ambulancias y los hospitales; creáronse dos plazas de inspectores de ejército que se dieron á Martinet, para la inspección de

la infantería, y a Fourilles, para la de la caballería, y que tenían por objeto la vigilancia del porte y de la educación del soldado y la preparación de los reglamentos. Finalmente Chamlay, uno de los grandes colaboradores de Louvois, mariscal de logis de los campamentos y de los ejércitos del rey, fué una especie de jefe de estado mayor general que, agregado en muchas ocasiones á Turena y á Condé, les prestó muy buenos servicios. El ministro apoyaba á sus funcionarios contra los oficiales. «El rey quiere, escribía á sus comisarios, que metáis en el calabozo al primero que no os obedezca ó que os oponga la menor dificultad.» En su opinión, «el peor medio para someter á los oficiales... es tener con ellos paciencia,» y á los mismos mariscales de Francia les obligó á reconocer «los poderes» dados á los agentes del rey: «Por lo que al presente digo al señor mariscal, escribía á un intendente de ejército, veréis que el rey no ha acogido bien las observaciones que se ha creído en el deber de hacerle acerca de los poderes que os han sido conferidos. Su Majestad desea que continuéis firmándolo todo; ateneos al pie de la letra y aunque exteriormente mostréis toda la cortesía imaginable, no cedáis en nada.» Esta administración fué la que formó el ejército monárquico.

## II.—La marina (1)

Richelieu había creado una marina. Antes de él, el gobierno de las costas y de las aguas francesas estaba repartido entre los almirantes de provincias; los puertos pertenecían á señores ó á municipalidades que los explotaban y casi todo el litoral francés estaba abandonado, reinando en él el mayor desorden (2). Richelieu,

(1) FUENTES: Depping, *Correspondance administrative...*; Clement, *Lettres...*, véase en el índice la palabra MARINE. Luis XIV, *Oeuvres y Mémoires pour l'instruction du Dauphin, Mémoires au Conseil*, citados en la pág. 255. En el apéndice del t. II, pág. 300 y sig. de esa última obra, hay documentos sobre la marina en 1661. Blanchard, *Répertoire général des lois, décrets... sur la marine*, París, 1849-59, 3 vol. *Code des armées navales* (1647-1689), Amsterdam, 1758. Las *Mémoires* de Duguay-Trouin y de Forbin, en la colección Michaud y Poujolat; las de Tourville (por el P. de Margen), Amsterdam, 1742, 3 vol.; el *Journal* del corsario J. Doublet, pub. por Breard, París, 1884. Spanheim, *Relation*, citada en la pág. 275.

OBRAS: Guerin, *Histoire maritime de la France*, París, 1863, 6 vol. Eug. Sue, *La marine française sous Louis XIV*, París, 1836, 8 vol. Chabaud-Arnauld, *Histoire des flottes militaires*, París, 1889. De Crisenoy, *L'inscription maritime, histoire de cette institution*, París, 1870. Du Verdier, *L'amirauté française, son histoire*, París, 1895. Jal, *Abraham Duquesne et la marine de son temps*, París, 1872, 2 vol. Delarbre, *Tourville et la marine de son temps*, París, 1889.

(2) Véanse en el presente tomo, pág. 71, las causas posibles de ese abandono, que toda una serie de circunstancias históricas puede contribuir á explicar. París estaba demasiado lejos del mar y los reyes de Francia emplearon largo tiempo en llegar al litoral. Las provincias marítimas, la Normandía, la Aquitania, la Provenza, no fueron definitivamente adquiridas para la corona de Francia hasta fines del siglo XV, y en aquella época, que era la de los grandes descubrimientos, y en que se sentía en todas partes una curiosidad de aventuras nuevas, el recuerdo arcaico de las Gestas de otro tiempo llevó á Carlos VIII hacia Nápoles, que era, en su imaginación, una etapa en el camino de Constantinopla. Entonces también formóse la potencia austriaca que, pasando sobre todas las fronteras, amenazó el corazón del reino. El esfuerzo llevado al Norte y al Este fué en extremo penoso y largo, y con él se crearon costumbres, las actividades marítimas provincia-

después que hubo comprado el cargo de almirante de Francia y adoptado el título de «gran maestre, jefe y superintendente de la navegación y del comercio,» hizo reconocer la autoridad del rey de Francia en las playas del Mediterráneo y del Océano, construyó una flota de más de sesenta buques y de más de veinte galeras, comenzó á organizar los servicios marítimos y publicó y proyectó reglamentos. Tenía la noción exacta de lo que era preciso hacer para poner á Francia en condiciones de realizar su doble vocación, marítima y continental, y pensaba con razón que un rey cuyo reino estaba limitado por el Mediterráneo y el Océano, no podía jactarse de poseer «el poder en armas» si no era, al par que «fuerte en la tierra,» «poderoso en el mar» (3).

Muerto él, con el desorden de la guerra civil la marina decayó de tal manera, que fué entonces cuando nuestras ciudades provenzales daban las gracias á Cromwell porque las defendía contra los corsarios berberiscos (4). En los mares de Occidente, d'Estrades, gobernador de Dunkerque, invitado, en 1650, á hacer entregar á Duquesne diez mil libras para el armamento de su buque, se excusa diciendo: «No tengo un céntimo;» y añade: «Duquesne me ha encargado que saque algún dinero de Holanda dando en garantía piedras preciosas que están empeñadas; pero el que las tiene me ha dicho que ni en tres semanas podría reunir las.» En 1652, el duque de Vendome, gran maestre de la navegación, se ve en apuros para realizar un viaje que le mandan emprender de la Rochela á Dunkerque; en vez de letras de cambio y de libranzas para pagar las vituallas, le han enviado órdenes dirigidas á dos personas para que sobre su crédito busquen el dinero que se necesitaba, y como esas personas «no se hallan en estado de poder cumplirlas,» Vendome tiene que comprar los víveres con su dinero propio. Un regimiento no puede ser embarcado «por falta de vituallas.» En 1661, Duquesne escribía á Colbert que habiendo una tempestad roto los mástiles del caballero Buoues en las costas de Inglaterra, el duque de York había ordenado que le dieran otros gratis: «Al presente, dice, nos guardaremos de hacer lo propio con él, pues no hay ni un solo mástil en nuestros almacenes de marina.» En 1665, multitud de marinos franceses servían aún en el extranjero; así, una tercera parte del efectivo del almirante holandés Ruyter se componía de «marineros franceses, los mejores del mundo,» y en el mismo año, el almirante siciliano Centurioni contaba en sus tripulaciones, que eran de mil quinientos hombres, «más de la mitad franceses, jóvenes y muy bien proporcionados.»

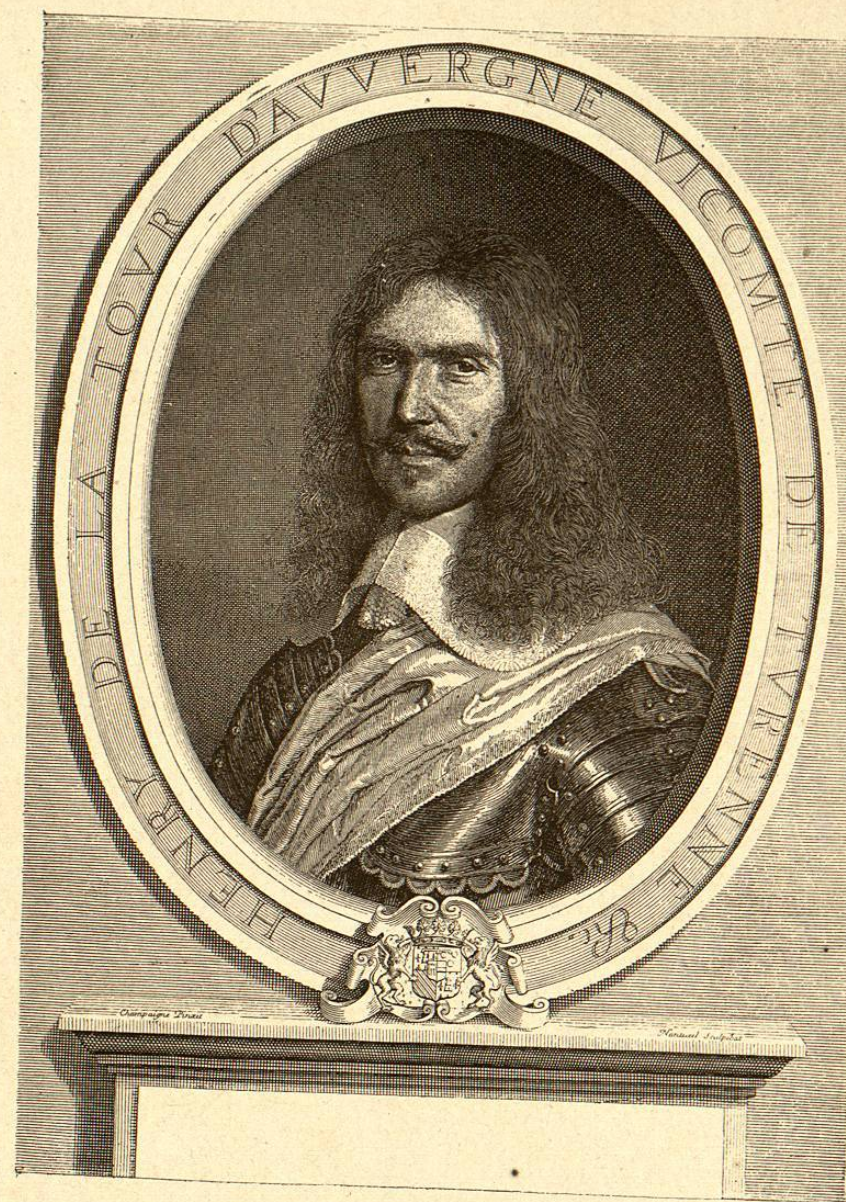
Colbert no ha hecho, pues, más que referir la verdad en una memoria en que dice:

«Habiendo Su Majestad hecho examinar el estado de sus buques y de sus galeras, ha encontrado que de diez años á esta parte no se habían visto nunca en el mar más de dos ó tres buques de guerra franceses; que todos los depósitos de marina estaban enteramente

les se debilitaron poco á poco, y en las mismas provincias marítimas la burguesía se apartó de la labor del mar impulsada por la ambición de honores y de provechos que halló en los empleos. La judicatura enervó á Normandía. En una palabra, el mar no interesó á Francia.

(3) Véase tomo III, págs. 784 y sigs.

(4) Véase pág. 106.



EL MARISCAL TURENNE

Facsimile reducido del grabado de Roberto Nanteuil (1630-1678). Cuadro original de Felipe de Champaigne (1602-1674)